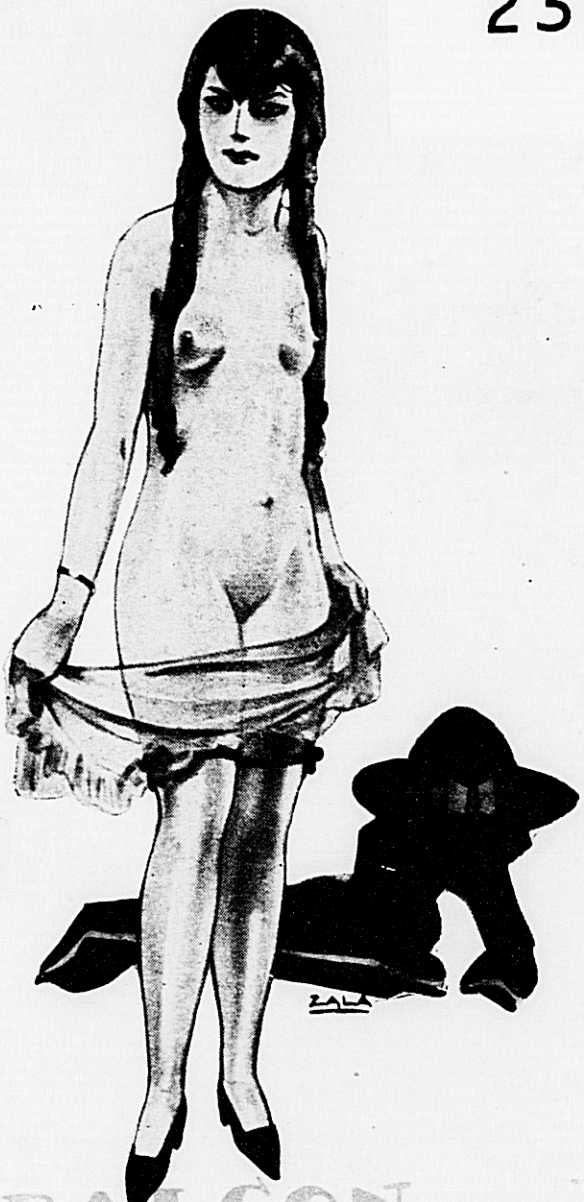
LA NOVELA PIC

1
232194



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

25 cts

DEL BALCÓN AL SALONCILLO

POR TOMÁS DE VALLEHERMOSO

1

232194

47/148/489

Año IV. Núm. 168.

La Novela Picaresca

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario

DEL BALCON AL SALONCILLO

por

Tomás de Vallehermoso

Ilustraciones de Zala

*

ADMINISTRACIÓN:
CALLE DE ALCALÁ, 177
MADRID

Lectores:

Comprad el magnífico ALMANAQUE de

LA NOVELA PICARESCA

para 1926.

¡Jamás se ha editado nada tan lujoso, tan ameno y tan barato.

PRECIO: *UNA* PESETA

Pedidlo, aunque no lo veáis expuesto.

R. 3207068



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Como en casi todos los colegios de señoritas, en el que reciben educación y buena crianza Mary y Luisita, se considera como una falta muy grave el hablar en clase, en el comedor, o en las filas, y en otros momentos análogos. Obedece esto a una regla pedagógica, que no nos explicamos ni lo pretendemos. Consignamos el hecho como historiadores veraces, porque sobre él descansa el peso de una gran parte de esta novelita ligera.

En los recreos sí se permite hablar, pero sólo a las de una misma clase entre sí; hablar con las de las otras clases, considérase nefando pecado. ¿Por qué? Averíguelo Vargas, pero ello es que así es. Y esto hace que Mary y Luisita estén desesperadas, pues la una pertenece a la clase A y la otra a la clase B, y aunque, de ser yo el que las clasificara, a las dos las clasificaría en la de superiorísimas.

¡Qué rabia no poder charlar largamente y comunicarse sus deliciosas impresiones de muchachitas que están en el umbral de todas las emociones eróticas!...

Y para colmo de males, hacía unos días que la familia de Mary se había mudado de casa y se había ido a vivir allí donde Cristo pegó las tres voces llamando al sereno, que no le oyó. Antes vivían las dos en la misma calle y sus casas estaban la una frente a la otra, y a la salida y a la entrada del colegio y en otras muchas ocasiones charlaban que era un primor. ¡Qué tiempos tan dichosos aquéllos! La criadita de Mary, linda muchacha de diez y nueve años, la acompañaba y las tres retozaban como ternerillas, sacándole punta a los chicoleos que les dirigían los hombres al pasar. Las tres estaban bien empolladas en esa asignatura femenina que consiste en encalabrinar a los hombres con los movimientos del cuerpo, las risitas, los guiños y los retozos entre ellas: el azotito, el empujón...

Pero todo acabó. Ahora Mary recorre todos los días su itinerario con Rosa, y Luisita tiene que tomar otro camino diametralmente opuesto con el secretario de su papá, un joven más serio que el *Miserere* de Eslava, encargado de recogerla cuando vuelve de recoger el apartado, pues la criada de Luisita tiene otras cosas que hacer a aquellas horas.

Pero Luisita y Mary, que no se resignaban con estas disposiciones del hado adverso, diéronse a buscar un medio de comunicarse sus impresiones diarias, y lo encontraron. ¡No lo habían de encontrar!

El medio era escribirse cartas. En el retrete del colegio descubrieron un baldosín movido, debajo del cual depositaron sus cartitas las dos colegialas.

¡Y qué cartitas! Son tan deliciosas, que ellas, por sí solas, componen una de las más sabrosas novelas que pudierais apetecer. Vamos a transcribir fielmente una de ellas, nada más que una, pero que vale por cien; pero, antes, permítasenos presentar a las distinguidas personillas que van a ser heroínas de lo que a continuación se referirá.

Luisita tiene quince años; es morena, bien formada; gasta melena corta, negrísima. Mary aun no ha cumplido los catorce. Es una tanagrita ideal. Rubia, peinada con trenzas, las falditas muy cortas todavía, de modo que la media de seda se muestra hasta un poquitín más arriba de la rodilla. Cara picaruela, ojillos azules, risueños; la boca gordezuela, roja y húmeda; los pechitos, incipientes, empujan la tela del vestido, con unos pezoncitos duros, dejando adivinar toda la turgencia virginal... Una golosina de nena, palabra.

Y no va más. Carta:

II

"Luisita de mi vida: Hace cuatro días que no dejo de pensar en ti a la hora de vestirme, recordando nuestros juegos deliciosos de balcón a balcón; pero, ¡ay!, me ha ocurrido algo inesperado, tremendo...

Veras... Como te digo, apenas entraba Rosa por la mañana en mi alcoba y me llamaba... del dulce modo que, como tú sabes, me llama Rosa, y se iba a preparar el desayuno después de dejarme despabilada y nerviosa, yo, instintivamente, me dirigía al balcón, y, mirando, mirando tras los cristales, me hacía la ilusión de que en el balcón de enfrente te aparecías tú como en aquellas mañanas inolvidables, en camisa, restregando tus ojos maravillosos —fuera del tirante de la camisa una tetita que se inclinaba hacia tu brazo moreno—, y que te desperezabas como una gatita, de ese modo encalabrinador con que tú sabes desperezarte... Luego, como te sucedía siempre, acababa por caérsete la camisita a la mitad del desperezo y te ofrecías a mis ojos prodigiosamente desnuda... ¿Te acuerdas?

Nos reíamos como locas y yo acababa por imitarte, y también me desperezaba, y también acababa por caérseme la camisita... Y ya una vez desnudas, la una frente a la otra, entreabriendo el balcón y colocándonos estratégicamente, de modo que de ningún otro piso pudiéramos ser vistas, tú te recreabas en mi cuerpecito blanquísimo y yo en el tuyo moreno, y tú te le acariciabas y me le acariciaba yo, y, siempre imitando tus lecciones, llegaba mi mano a un rinconcito de mi cuerpo, al tiempo que la tuya llegaba a otro rinconcito igual, sólo que mucho más obscuro y frondoso, y allí las deteníamos un ratito, urgando delicadamente... ¡Qué recuerdos, Luisita de mi corazón!... ¿Te acuerdas de aquella mañana que entró Rosa y?... Bueno, te acordarás de todo. Esas cosas no se olvidan jamás.

Pues bien; rememorándolo yo, desconsolada, desesperada, dedicándote mi pensamiento y mi placer, pues, inconscientemente, evocando tu imagen adorada, me había hecho gozar yo misma, miro de pronto con ansia por los cristales de mi nuevo balcón, y... ¿a que no te figuras lo que descubrí? ¡Pues a un chico joven que me estaba espiando por entre las rendijas de las maderas! Menos mal que yo no había abierto todavía los cristales ni se me había caído aún la camisita. Se redujo todo, pues, a que me viera en camisa. Como los cristales me llegaban sólo hasta el ombligo cuando estaba arrimada a ellos, creo que no podría precisar bien el pollo, aunque es posible que lo adivinara, donde tenía yo la mano y qué hacía con ella...

Me retiré precipitadamente del balcón, y desde la pared de enfrente, lo más lejos que pude, observé toda asustada. Allí no podía ser vista, dada la claridad de la calle y el estar cerrados mis cristales. Pasó un ratito y nada... La abertura de las maderas del balcón de él no se estrechaba ni se ensanchaba.

Sin embargo, parecíame ver que él seguía allí, atisbando...

En esto entró Rosa a traerme el desayuno, y, al verme en aquella actitud de acecho, me dijo:

—Pero, ¿qué? ¿Ya tienes "cine" aquí también?

—¡Y menudo!

Ella, más decidida que yo, se fué entonces resueltamente al balcón, le abrió, salió y estuvo un rato asomada; en tanto, yo me vestí apresuradamente en un rincón, donde no pudieran verme.

—¿Ves algo?—le preguntaba yo.

—Ni gota.

—¿No ves a nadie ahí, en el balcón de enfrente?...¿En ese que tiene las maderas entornadas?

—Tú ves visiones, hija. ¿Te crees que vas a encontrar una Luisita en cada casa?

—En esa creo que lo que hay es un Luisito...

—¡Ay, tú... ¡Qué abren!... ¡Qué abren!...

—¡Métete!

—Pero no se ve a nadie.

—Estará detrás de las maderas... Mira bien...

—No se ve a nadie... Sal tú.

—No, no; me da vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿A ti, rica?

—Es que me ha visto en camisa.

—¿Sí?... ¡Ay, chica, calla, que me empiezo a poner de peligro!

Y diciendo esto, entró Rosa, y empezó a besarme y a sobarme y a estrecharme contra sí, con todo el mimo que ella sabe.

Ya nerviosas perdidas las dos, nos atrevimos a arrimarnos al balcón, pero quedándonos dentro. Y,



¡cuál no sería nuestra sorpresa cuando, en el balcón misterioso, descubrimos un muchacho como de veinte a veintidós años, en mangas de camisa y tirantes, que nos miraba fríamente! Nos quedamos petrificadas. Por disimular, salimos al antepecho y empezamos a mirar a un lado y otro, como si se nos hubiera perdido algo por allí... Pero, insensiblemente, los ojos se nos iban al balcón del ilustre desconocido. A las dos o tres veces de mirarle, él se atrevió a sonreirnos; a las cuatro o cinco veces, nos hizo una reverencia entre cómica y cortés; luego, reventando de risa nosotras, nos tiró un beso con la punta de los dedos... Riendo ya a carcajada limpia, nos entramos las dos en la alcoba enlazadas por la cintura. Duró un buen rato la diversión de asomar nosotras poquito a poco la cabeza y retirarnos entre grandes risotadas al descubrirle allí, inmóvil, tirándonos besos en cuanto nos veía...

Mientras íbamos, luego, camino del "cole", Rosa me dijo una cosa que me impresionó:

—¿No te fijaste en que él no sacaba la mano izquierda del bolsillo del pantalón?

—No... ¿Y por qué sería?

—¡No te hagas la longui, chicucia!... Ya te puedes figurar. Porque tuviera frío no sería...

¡Qué deliciosamente chulapona es esta queridísima Rosita! ¿Verdad, Luisita de mis entretelas?

Aquella mano izquierda me trajo intrigada todo el día.

—¿Qué haría con ella?—le pregunté a Rosa cuando volviamos del colegio.

—¿Qué hacemos tú, Luisita y yo con el dedo?—me preguntó ella a su vez.

—Pero yo creo que no debe ser lo mismo...

—¡Claro que no!... ¿Cómo va a ser lo mismo tocar el timbre que llevar la batuta?

¿La batuta? Me dejó pensativa la frase, y toda la noche estuve soñando con una batuta enorme que dirigía cadenciosamene una danza lánguida y voluptuosa, que, de pronto, se convertía en galop infernal y que bailábamos tú, Rosa, el joven del balcón, y... ¿a que no te figuras quién?... Ya ves que no le conozco, pues siempre te iba a buscar cuando yo me marchaba con Rosa. Pues ya ves lo que son los sueños: el otro era él... ¿No te da rísa?

Mucho antes de que entrara Rosa a despertarme, ya estaba yo de pie, atisbando por el balcón... ¡Ay, y cómo me palpitaba el corazón, Luisita de mi alma! Después de un buen rato de fisgoneo, cátate que veo de pronto al vecino, que, en vez de tomar las precauciones del día anterior, abre resueltamente el balcón de par en par... Acababa, sin duda, de tirarse de la cama, pues estaba en camiseta y en calzoncillos cortos... Pensé rápidamente que con los calzoncillos no podría meterse la mano izquierda en el bolsillo. Yo era toda ojos, observando, y se me ponía un nudo en la garganta y la boca se me llenaba de agua, y todo mi cuerpo estaba agitado por un colvulsivo temblor... No, no tenía bolsillos el calzoncillo, lo observé bien. Es decir, como no se llamara bolsillo a aquella abertura central que venía a caer debajo de los tres botones de la cintura y

que, cuando se dilataba un poco, dejaba ver unas tenebrosas negruras...

El no hacía más que pasar y volver a pasar junto al balcón y mirando al mío, como si adivinara que estaba yo allí fisgando. Yo estaba sin poder retirarme, aunque quisiera, como fascinada, tal que un pajarillo al que magnetiza una serpiente... Por cierto que noté una cosa extraña: a cada vuelta que daba él, observaba yo que, cerca del bolsillo central de que te he hablado, se formaba un bulto cada vez mayor, cada vez mayor... Hubo un momento en que tuve la certidumbre de que llevaba allí escondida aquella batuta de que me había hablado Rosa...

Una de las veces—¡todavía se me estremecen las carnes al recordarlo!—cruzó rápidamente frente al balcón completamente desnudo. Desnudo, sí..., ¡con una enorme batuta en la mano! ¡Ay, Luisita de mis amores! No sé lo que pasó por mí. No fué más que aquella vez, ¡y tan fugaz fué la visión! Me vestí, como sonámbula, transportada a lo desconocido... Cuando entró Rosa y me encontró vestida, fué ella la que se asombró, cuando, transformada mi emoción, a su vista, en unas ganas locas de reir, se lo conté todo de cabo a rabo, o de cabo a batuta, si te parece más artístico decirlo de este modo.

—Pero, ¿de veras?... ¿Desnudo del todo?...—me preguntaba, ansiosa, brillándole los ojos, risueña y bonita, como siempre que se pone así—. ¿Le viste bien?

Y bajando la voz, atrozmente mimosa, ronquilla, me dijo al oído:

—¿Tenía la batuta muy gorda?...

—¡Anda!... ¡Así!

—¿Y muy larga?

—¡Así lo menos!

—¡Qué hermosura!... ¿Y dices que no hizo más que pasar una vez?... Eso es que no podría resistir más y le vendría...

—¿Qué le vendría?

—Déjame acabar, mujer. Le vendría a la memoria algún quehacer urgente y se marcharía. ¡Qué lástima!

Salimos las dos al balcón, y al poco tiempo hete aquí que se nos presenta en el de enfrente el interesantísimo vecino vestido ya del todo. Sin poder reprimirnos, nos dimos mutuamente un codazo, de lo que él se dió inmediatamente cuenta. Nos saludó con la mano, tirándonos un beso. Rosa, que estaba cachonda perdida, le saludó a su vez con la cabeza y con la mano, sonriéndole, y moviendo la cabeza, y guiñando los ojos de una manera que daba a entender bien a las claras que lo sabía todo. Yo, cogida al brazo de Rosa, me sentía valiente, audaz, como si cargara sobre ella toda la responsabilidad de lo que indudablemente iba a suceder.

Como nuestro balcón está una pizquita más alto que el suyo, él nos veía las piernas a su placer; sobre todo a mí, que, como llevo todavía las faldas cortitas, debía enseñar hasta más arriba del muslo.

Cobrando cada vez más confianza—¿confianza digo?; ¡vamos, que aquello era, francamente, cinismo!—, él nos hizo señas que querían decir claramente: "¡Vaya pantorrillas!". Y miraba y señalaba especialmente las mías, juntando y separando



los dedos índice y corazón, como quien dice: "¡Menudas piernas las de la chavalilla!" Rosa le entendía, y perfectamente, y parecía estar en complicidad con él. Yo, entre sofocada y halagada, me sonreía, y hacía que pegaba a Rosa, como reprochándola sus bromas. El, visiblemente excitado con aquello y metida la mano en el bolsillo, insistía en la ponderación de mis piernas. Rosa, entonces, me cogió disimuladamente la fadita y me la iba subiendo poco a poco, hasta descubrir la carne de mi muslo y el principio del pantalón, pues, inadvertidamente, me había puesto pantalones. El, riendo, desorbitados los ojos, no daba paz a la mano que tenía en el bolsillo, y su gesto era una imploración: "¡Más, más, más!" Yo, entonces, me di cuenta de la maniobra de Rosa y, haciendo como que me enfadaba mucho, empecé a darla azotes y entramos así en la habitación, dejando el balcón abierto.

Frente a él, de modo que nos viera, insistía Rosa en levantarme las faldas, y yo, en justa venganza, la cogí las suyas de repente y se las levanté hasta la cara. Quedaron todos sus encantos al descubierto, pues no llevaba pantalones. El vecinito no pudo más y sacó a la pública admiración su magnífica batuta... ¡No te puedes figurar lo terrible que estaba! Se movía amenazadoramente de arriba abajo, como si llevara un monstruoso compás binario. Nosotras, absortas ante aquella maravilla, nos quedamos quietas, mudas, emocionadas, mirando, mirando... El, frente a nosotras, lucía orgulloso su batuta. Se ponía de frente y de perfil para que la viéramos bien; la sostenía inclinada hacia abajo,

como haciéndonos honores y, de pronto, la soltaba, y la batuta se erguía otra vez rápidamente. Rosa y yo estábamos como borrachas de gusto y de admiración, como hipnotizadas, dispuestas a bailar al compás de aquella batuta todo lo que nos pidiese el director de orquesta, como los reptiles bailan al son de la flauta de los domadores árabes...

Tal era la fascinación que el formidable aparato ejercía sobre nosotras, que ya, a la menor indicación, Rosa, obediente, se alzaba las faldas hasta enseñarle todo el repertorio. Pedía el vecino que hiciera yo lo mismo, y Rosa, entonces, cerró la puerta de la alcoba por si venía alguno, y, rápidamente, dejándola yo hacer como si no fuera dueña de mi voluntad—o bien porque mi voluntad fuera entonces la misma de Rosa—, me quitó diestramente los pantalones y quedó ante los ojos ávidos del vecino mi sexo original, que tú tan bien conoces, con su poquito de pelusilla incipiente...

En compensación a lo que había hecho Rosa, yo la desabroché la blusa, y sus pechos hermosos, duros y grandes, salieron a la luz. Ella hizo lo propio conmigo y me sacó mis dos manzanitas blancas... A la vista de tanta hermosura el vecino se desnudó también rápidamente, presentándosenos en aquel traje que sólo sabía hacer el sastre de Adán, ahora que sin hoja de parra, ni siquiera de López Parra. ¡Ay, Luisita! Mas ya Rosa y yo nos enlazamos, chnpándonos las bocas y el piquito rosado de nuestros pechos, y mientras tanto, la batuta del vecino se convertía en fuente que manaba "líquidas perlas".

¿Quién podía resistir aquello, Luisita? A los po-



cos instantes, Rosa y yo rodábamos sobre mi cama, unidas nuestras bocas, apretujados uno contra otro nuestros senos, confundidos en uno nuestros sexos húmedos, el mío sonrosadito y sombreado sólo de un suave y ralo vello, y frondoso, negrísimo, el de ella...

* * *

Hasta aquí iba de mi carta, cuando he tenido que suspenderla y dejarla escondida en mi mesita, porque entró mamá en la alcoba, cosa que, como sabes, hace raras veces. Luego, al ir al colegio, no pude cogerla para ponértela debajo del baldosín. Así que ahora aprovecho esta coyuntura para escribirte nuevas impresiones, aun a pretexto de que esto sea, en vez de carta, una de esas NOVELAS PICARESCAS que con tanto deleite leemos a escondidas en el colegio.

Esta mañana se ha repetido la función. ¿A qué volverte a enumerar detalles? Baste decirte que ha empezado mucho más temprano, al tirarme yo de la cama, y que nos ha visto a Rosa y a mí completamente desnudas, y nosotras, completamente desnudo a él... ¡El delirio, rica! Rosa estaba enloquecida, casi epiléptica. Suspiraba roja, jadeante, y me decía con voz ronca, como la de la señora Antonia, de *La Verbena de la Paloma*:

—¡Ay, nenita, rica, yo no puedo más; no puedo más; no puedo más!... ¡Qué sabrosísimo debe ser él, y qué sabrosísima eres tú!...

Y cayendo de rodillas, me llenó de besos el sexo y, cosa que nunca había hecho, me hundió en él su lengua, húmeda y cálida... ¡Creí morirme de gusto! Yo abría las piernas y me sentía desfallecer, y, a través de una nube que me nublaba los ojos, pude ver cómo la batuta mágica, en desesperadas convulsiones, se diluía en un torrente de blancas perlas... No sabes, no te puedes figurar, querida Luisilla, lo que es esto. Ya verás, ya verás; en cuanto nos vea-



mos, que va a ser muy pronto, por lo que luego te diré, te lo haré yo a ti y tú me lo harás a mí, y si no nos quedamos desmayadas de placer, es que somos de bronce o peña...

Porque de resultas de todo esto me ha entrado una fiebre loca de deseos de ti. No puedo contentarme con decírtelo por carta. Necesito imperiosamente que lo comentemos tú y yo juntas, muy arrimaditas, y para eso vamos a vernos mañana domingo. He pedido permiso para ir a pasar la tarde contigo. Espérame, pues. No nos faltará una ocasión en que

estemos solas y podamos charlar a nuestras anchas y querernos mucho...

Te ansío, te anhelo... Al fin y al cabo, emparejamos tú y yo mejor que Rosa y yo y que nadie, y, además, somos casi de la misma edad. Como ves, cada día soy más picaruela y aprendo nuevos refinamientos. ¡Ya verás lo bien que lo pasamos!

Hasta mañana, pues, en que hablaremos largo y tendido. Te adora tu

Mary."

III

A las tres de la tarde ya estaba Mary en casa de Luisita. Los padres de ésta propusieron llevarlas al teatro o a dar un paseo, pero ellas dijeron que preferían quedarse charlando, sin salir. Accedieron los papás, confiados en la paradisíaca inocencia de aquellas niñas angelicales, y se fueron a paseo, dejando solas en casa a las dos colegialas, que jugueteaban en el coquetuelo saloncillo destinado a Luisa en la casa.

Apenas se había cerrado la puerta tras los padres de Luisa y se vieron solas, se estrecharon frenéticamente las dos en un abrazo épico, besándose con furia en la boca, confundidas una con otra las lengüecitas picoteras. Las manos buscaron los pechecitos, los vientres, las nalguitas, duras y tersas, y se apretaron la una contra otra todavía más, aunque parecía que no podían estar ya más apretadas.

Cuando se desenlazaron la una de la otra estaban despeinadas, encendidas, jadeantes; tanta alma y tanta materia pusieron en él.

Y sin más palabras, la extraordinaria gozadora, la experta de trece abriles, la precoz maestra en lides de amor, dijo enérgicamente a su morena amiga:

—¡A la cama! ¡Vamos a desnudarnos y a pasar la tarde en la cama!

—Sí—musitó Luisita—, y vas a ver lo que tengo. Se las he cogido a mi hermano...

Mientras Mary se desnudaba, Luisita sacó del cajón de una mesita una colección de *fotos* encalabrinantes. No necesitaban más las purísimas nenas para que sus ardores llegaran al delirio.

Se desnudó rápidamente Luisa, pues Mary ya lo estaba, y antes de meterse en el púdico lecho, sentadas las dos en la misma butaca, juntísimos los cuerpos, puestas las piernas de Mary sobre las de Luisa, pusiéronse a mirar las fotografías, comentándolas una por una y aderezando los comentarios con mutuos besos y caricias.

Había de todo en aquella magnífica colección: mujeres maduras con niñas menores, mujeres con hombres, haciendo toda clase de operaciones... ¡Unas cosas más raras! Había, sobre todo, una *foto* que representaba un hombre solo, pero ¡qué armamento el de aquel guerrero del amor!...

—¿Es así la batuta de tu vecino?—preguntó cándidamente Luisita.

—Casi, pero no tanto. Esto es descomunal. Pero es auténtico, puesto que se trata de una fotografía y no de un dibujo.

—¿Y crees posible que esto nos quepa dentro?

—Increíble parece.

—En cambio, mira este amorcillo de nene, sin bigote ni asomos de vello en ninguna parte de su cuerpecito... ¡Mira cómo apunta hacia el cielo su flechita, mientras casa la lengüecita encantadora ante el bosque frondoso y apetitoso de esta jamonaza.

—Pues mira esta nena cómo chupa entusiasmada el plátano enorme que la presenta ese joven desnudo... Ya no le entra más en su boquita de rosa... ¡Qué rico debe saberle!

—¡Y qué ganas me están entrando de plátano!

—¡Y quien dice plátano, dice una batuta!...

Mary había puesto los ojos en blanco ante este pensamiento, y se retrepaba golosamente los labios en febril añoranza del sabroso manjar.

Ya no hablaron más. ¿A qué las palabras? ¿Qué podrían decirse? Sin alientos para llegar siquiera hasta la cama, allí, sobre la butaca anchurosa, montaron la una encima de la otra, acoplaron sus pequeños sexos delicados y empezaron a mover rítmicamente los dientes...

Cuando...

Habían dejado abierta la puerta, que comunicaba con el pasillo. Por éste pasó un hombre, ¡un hombre!, ¡¡un hombre!!

Llevaba unos papeles debajo del brazo. Lanzó una rápida mirada a aquel templecillo de amor y se quedó parado, inmóvil.

Luisita y Mary lanzaron simultáneamente una exclamación de sorpresa indecible:

—¡El joven del balcón!—dijo ésta.

Y aquélla:

—¡El secretario de papá!

* * *



El hombre del balcón, el secretario de papá, reponiéndose rápidamente, dijo, como quien no se da cuenta de lo que tiene delante de los ojos:

—Su papá de usted me había dejado en el despacho cuando se marchó, contestando unas cartas muy urgentes... Ahora mismo las había terminado y me iba..., si usted no manda otra cosa, señorita.

E hizo una gran reverencia.

Las dos jóvenes no separaban los ojos de un punto que las tenía fascinadas, un punto situado hacia la mitad del gallardo cuerpo del escribiente. ¿Hemos dicho un punto? Mejor dicho estaría una serie de ellos, una larga línea recta que, adelantando bruscamente la tela del pantalón, formaba un violento ángulo.

Sus pensamientos coincidían.

—¡El plátano!—pensaba la una.

—¡La batuta!—pensaba la otra.

¡Horror! El secretario había adelantado dos pasos dentro de la habitación. Ambas se levantaron simultáneamente. Ambas, simultáneamente, extendieron sus manos hacia adelante, para rechazarle. Y, simultáneamente, las manos de ambas fueron a posarse, como si un imán irresistible las atrajera, en la formidable línea recta. Pudieron palparle. ¡Qué calor echaba! La tela del pantalón ardía.

¿Sintieron el grave peligro de naufragio que corría su virginidad? Sí debieron sentirle, porque las dos se aferraron con ansiedad a aquella tabla de salvación que las deparaba el destino.

—Está a su disposición incondicional, señoritas—murmuró el joven con irreprochable cortesía.

Y, ni corto ni perezoso, abrió la débil puerta de paño que encarcelaba a aquel bulto terrible, y salió al aire libre, impetuosa, arrolladora, rígida, enorme, la batuta.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó Luisita—. ¡Lo mismo que en la *foto!*

Mary sólo sintió en aquel momento que su deseo de plátano, el apetito feroz que había despertado en aquella fotografía suculenta, era más fuerte que su voluntad, que el respeto a las conveniencias, que todo lo humano y lo divino, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, se lanzó, frenética, sobre el manjar de sus anhelos y le engulló vorazmente en su boquita de fresa, y empezó a gustarle con inefable delicia. El secretario cayó sobre el sillón, mientras Mary, abrazada a sus piernas, seguía deglutiendo, dejando sólo exhalar roncos gritos de placer.

El secretario sintió una delicia tal que casi se desvaneció. Y sintiendo necesidad de gustar algo, de besar algo, cogió rápidamente en sus brazos a Luisa, que a su lado contemplaba, atónita, la escena. Esta, que era una brasa viva en aquel instante preciso, abrazó..., no, hablemos con propiedad, puesto que no fué precisamente con los brazos con lo que se ciñó al cuello del joven: *apiernó* al secretario de papá, que se vió, embriagado de goce, con el rostro hundido entre dos muslos blanquísimos y la boca, sedienta y seca, colocada frente a un sexito púber que era una bendición de Dios...

Bebió con ansia, absorbió con ímpetu, labieteó con entusiasmo, lengüeteó con frenesí... Hasta que, agotados, en abundoso desbordamiento corrieron de los tres las fuentes enervadoras de la felicidad.

* * *

Y fué en este momento cuando entró Rosa, que venía a buscar a Mary.

Las niñas se estaban vistiendo apresuradamente.

Una sola mirada bastó a la gentil doncella—parece poder asegurarse que doncella del todo en este momento culminante de nuestra narración—para percatarse de lo que había sucedido allí.

Rugió:

—¡Y yo sin estar aquí!

Y seguidamente, resuelta:

—¡Ahora me toca a mí! ¡Ela!

Y se lanzó, ávida, sobre la batuta, que estaba lamentablemente ensimismada. Pero tales extremos hizo Rosa, tales besos la dió, tan bien supo engolosinarla, pasando por el rojizo morro de la batuta tan pronto su boca fresca como su sexo ardiente, o bien sus rozagantes y duros pechos, o refregando contra ella su delicioso vientre convexo, en tal forma trabajó, que la batuta volvió a erguirse más formidable que nunca.

Entonces, al ver aquel ópimo resultado de sus esfuerzos, Rosa lanzó un suspiro de satisfacción y se tendió sobre el lecho boca arriba, al aire los senos ubérrimos, abiertas las piernas, blancas y gordas, y dispuesta como una boca hambrienta, ansiosa de devorar, la grieta de aquel bellísimo edificio de carne.

—¡Mirad, mirad!—dijo a las dos niñas—. Las cosas se hacen en serio. ¡Para que aprendáis!...

Un beso de locura que imprimió el joven en sus labios ahogó lo que iba a seguir diciendo. La batuta se introdujo de una sola vez, entera, sin dejar fuera nada, a no ser el saquito que colgaba a su extremo, en el cuerpo de la moza garrida. Las niñas no vieron ya más que dos cuerpos que, el uno sobre el otro, hacían con las grupas un movimiento cadencioso de rotación, y, al mismo tiempo, se alzaban y bajaban a compás... Que este movimiento se hizo de pronto frenético, que las bocas parecían deshacerse la una contra la otra, que de las gargantas se escapaban unos gritos roncos que parecían rugidos... Y que luego todo cesó: los cuerpos cayeron lánguidos, como exánimes, y los rugidos se trocaron en suspiros dulcísimos...

Y Luisa y Mary, cayendo la una en brazos de la otra, se entregaron, arrebatadas, a los más inexpresables deliquios.

* * *

—¡Nosotras también querríamos!...—se aventuraron a decir, cuando Rosa y el secretario se separaban.

Pero ya era tarde. Los papás estaban al llegar...

Rosa dijo:

—El domingo que viene.

—Justo. El domingo que viene—corroboró el secretario—. Yo dejaré el sábado cartas por contestar para poder estar el domingo aquí.

Y mirando a Mary, añadió:

—Toda la semana, en el balcón...

—Y del balcón, al saloncillo—terminó Mary, envolviéndole en una mirada llameante, que era un mundo de promesas gloriosas.



En el próximo número publicaremos una novela titulada

LA TAPIA DE LOS SUSPIROS

por

J. VALDEMAR

Ilustraciones de ZALA

BIBLIOTECA MADRID ARCHIVO

ALGUNOS DE LOS NUMEROS PUBLICADOS

113 ¡Por fin la condesita...!, por Valentín de la Villa.
114 En un lugar de la Mancha, por Anselmo Castalla.
115 Eneas es un hacha, por Anselmo Castalla.
116 La Antena, por S. Morales.
117 El truco de don Evencio, por Pedro Mora.
118 ¡Loli, no pierdas el tiempo!, por A. S. Carreras.
119 ¡Loli, qué cosas te ocurren!, por A. S. Carreras.
120 La lumbre de la pipa, por Fernando Luque.
121 La nieta de Malasaña, por Anselmo Castalla.
122 La familia de don Sócrates, por Alardo Prats y Beltrán.
123 El harén de Abdul-Kassim, por A. Castalla (extraordinario de 50 céntimos).
124 El diablo tentador, por J. Beguín.
125 La virginidad de Atilano, por Jesús Franco.
126 La Camisa de doña Berenguela, por Ernesto Polo.
127 Un ruso de abrigo, por Anselmo Castalla.
128 Una convalecencia entre familia, por Eusebio Martínez Arredondo.
130 ¡Loli, qué cuentos escribes!, por A. García.
131 ¡Loli, se acabó tu historia!, por A. García.
132 Las tentaciones de don Antonio, por Diego Collado.
133 La que enloqueció a las otras, por María Samovia (número extraordinario de 40 céntimos).
134 Las intimidades de Eloísa, por Arsenio Ramos.
135 Solomillo de contrabando, por Anselmo Castalla.
136 La Duquesita de Peralta, por Tomás Ortiz.
137 La Congregación del Indice, por Ernesto Giménez.
138 Los repollos de la Encarna, por Tiburcio Pirando.
139 Así fué la iniciación de Eulalia, por Fabricio del Dongo.
140 La gorda y la flaca, por Anselmo Castalla.
141 La novia de Mari-Lu, por Ricardo Gómez de Osiel.
142 El hijo de la esperanza, por Dionisio Fernández.
143 Especialista de señoras, por J. Beguin.
144 Memorias de una otoñal, por Lola Méndez.
145 Sabrosa conquista (2.ª parte), por Lola Méndez.
146 Cambio de maridos, por J. M Garcés.
147 Quinito el castigador, por Ricardo Gómez de Osiel.
148 Una chica servicial, por Valentín de la Villa.
149 Yo he sido un Don Juan, por J. de Valdemar.

150 Una cocota "esquirol", por Fernando Pintado.
151 Placeres campestres, por Anselmo Castalla.
152 Bacalao a la vizcaína, por Dionisio Fernández.
153 Una familia modelo, por J. M. Garcés.
154 Una siesta en el granero, por Juan de la Oliva.
155 Una mujer de cuarenta años, por Juan del Turia.
156 Lo que ellas saben lograr, por J. Beguín.
157 Las Memorias de un sofá, por J. de Valdemar.
158 El aprendizaje de la Trini, por Anselmo Castalla.
159 Prisionera de guerra, por Valentín de la Villa.
160 La aventura del Caballero rijoso, por Juan del Turia.
161 Las impurezas de doña Pura, por J. de Valdemar.
162 Las divinas locuras, por María Samovia.
163 La hombrecito, por Arsenio Ramos.
164 Jolín, y qué ricas uvas, por Anselmo Castalla.
165 El misterio de la Concepción, por Andrés Díaz Vizcaya.
166 Lo daban gratis, pero..., por Tomás Ortiz.

Se remiten únicamente los números de la lista anterior, previo envío de su importe (25 céntimos por ejemplar en números corrientes) en sellos de correos españoles o Giro postal.


La Novela Exquisita
60 CÉNTIMOS
COMPRENLA TODAS
LAS SEMANAS
LOY
GORRI